

Es, como puede suponerse, este apartado muy representativo, pero no lo es menos el que hemos situado en segundo lugar, el de las revistas literarias o poéticas de los años veinte y treinta en España. Jorge Guillén, que recopiló sus trabajos anteriores a *Cántico* en un libro muy interesante, titulado *Hacia Cántico*²², recogió en él numerosos trabajos de crítica literaria publicados en revistas como *España*, *Índice*, *La Pluma*, *Alfar*, *Verso y Prosa*, *La Gaceta Literaria*, etc. Muchas de las prosas recopiladas por los editores de Luis Cernuda, y que son trabajos de crítica literaria que constituyeron un importante corpus en este sentido, fueron publicados en *Hora de España*, *El Mono Azul*, etc.

Las revistas poéticas de los años veinte y treinta en España contenían abundantes estudios de crítica literaria y de ello se ha ocupado con detenimiento Andrés Soria Olmedo en su libro *Vanguardismo y crítica literaria en España*²³, aunque únicamente se ha referido a las críticas literarias de los escritores de vanguardia o en relación con este importante movimiento literario en España. De los poetas que nos interesan sólo se encuentran inventariadas publicaciones de Gerardo Diego, del que se contabilizan artículos de crítica literaria en *Cervantes*, *Grecia*, *Alfar*, *Favorables París Poema*, *Revista de Occidente*, *Lola*, *Carmen*, etc. En el *Suplemento Literario de la Verdad* y en *Verso y Prosa* publicaría Federico García Lorca dos extensos fragmentos de su conferencia sobre «La imagen poética en don Luis de Góngora». Anthony Leo Geist, en su libro *La poética de la generación del 27 y las revistas literarias: de la vanguardia al compromiso (1918-1936)* puso de manifiesto, por su parte, el interés de todas las revistas de este tiempo a la hora de desarrollar una poética de los del 27²⁴. Recoge, con este fin, artículos de Salinas, Guillén, Gerardo Diego, Alberti, Dámaso Alonso y Cernuda, entre otros, procedentes de revistas como *Revista de Occidente*, *Litoral*, *Octubre*, *Meseta*, *Índice*, *Verso y Prosa*, *Residencia*, en los que se advierte la condición especial que este tipo de artículo en revista poética o literaria adquiere, dentro del panorama crítico del 27, como artículo breve, sugerente, intuitivo, aunque refleje la condición, muchas veces, de reseña de un determinado libro. En este sentido podríamos destacar dos ejemplos significativos: las reseñas de Dámaso Alonso en *Revista de Occidente a Espadas como labios* (1932) y a *La destrucción o el amor* (1935) de Vicente Aleixandre.

En relación con los dos últimos artículos citados, hay que hacer referencia al importante sector de la crítica literaria que, realizada por los poetas del 27, viene determinada por las reseñas de libros de amigos y poetas contemporáneos, libros recién aparecidos que ocuparon la atención y hoy figuran en la bibliografía de algunos de estos poetas. A pesar de su condición de artículos fugaces y de actualidad, escritos sobre la base de la lectu-

²² Jorge Guillén, *Hacia Cántico*. Escritos de los años 20, edición de K.M. Sibbald, Ariel, Barcelona, 1980.

²³ Andrés Soria Olmedo, *Vanguardismo y crítica literaria en España*, Istmo, Madrid, 1988.

²⁴ *Verso y Prosa*. Boletín de la Joven Literatura, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Chys Galeria de Arte, Murcia, 1976. *Suplemento Literario de la Verdad*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1990. Anthony Leo Geist, *La poética de la generación del 27 y las revistas literarias: de la vanguardia al compromiso (1918-1936)*, Guadarrama, Madrid, 1980.

ra de un determinado libro, más o menos meditada, interesan ahora mucho en su conjunto y nos ofrecen una medida nada despreciable de la condición de críticos literarios atribuible a todos estos poetas. Pedro Salinas cultivó este género con asiduidad en la revista *Índice literario* y Jorge Guillén practicó este mismo tipo de crítica en periódicos como *La Libertad* de Madrid o *El Norte de Castilla* de Valladolid.

Y, por último, hay que aludir a los artículos de prensa de todos los poetas del 27, algunos de ellos asiduos durante años, como podría ser el caso de Gerardo Diego que publicó en *Arriba* numerosos artículos de tema literario a lo largo de décadas. Alberti fue colaborador de *El Sol* de Madrid y modernamente ha publicado con asiduidad en *El País* sus artículos de *La arboleda perdida*. Muchos de los artículos conservados hoy y reunidos en su obra en prosa, de Manuel Altolaguirre proceden de la prensa americana en la que fue colaborador asiduo durante todo su exilio, en concreto de diarios como *El Nacional* o *Excelsior* de México. Indudablemente, el tipo de crítica literaria contenido en los artículos publicados por estos medios no tiene nada que ver con los trabajos de investigación literaria de gran alcance que son los que más nos van a llamar la atención a la hora de advertir o seleccionar los temas predilectos de los poetas del 27. Son estos otros artículos, muchas veces basados en una intuición momentánea, en la evocación de un determinado escritor, que revive en el recuerdo, siguiendo la tradición de nuestros grandes escritores de prensa como Azorín, Unamuno o el propio Antonio Machado.

Otro de los aspectos más interesantes a la hora de estudiar a los poetas del 27 como críticos literarios lo constituye su adscripción teórica a la escuela de Menéndez Pidal y del neotradicionalismo histórico, unido a un cierto idealismo, al que todos se adscriben en tanto que estudiosos de la literatura. Este aspecto se puede advertir con claridad si nos detenemos brevemente, como ya se ha hecho en otras muchas ocasiones, en las poéticas que cada uno de estos autores ponen al frente de sus composiciones en la *Antología* de Gerardo Diego en 1932. José Carlos Mainer, que ha hecho este recorrido por los textos aportados por todos y cada uno de los poetas de la generación, señala que «todos coinciden en lo imposible del quehacer poético. Ni éste responde a una manera específica de ver —y exaltar— la realidad ni a una tensión personal que exige la comunicación de unos sentimientos o hallazgos personales. Más bien, la poesía parece una zona exenta donde se encuentran el poeta, el poema y el lector, casual y fugazmente»²⁵. Así lo explica Pedro Salinas, que finalmente considera la poesía como una aventura hacia lo absoluto, mientras Dámaso Alonso «está más cercano a la posición tradicional de considerar la poesía como una fuerza —una actitud, un vehículo— que conduce a poeta y lector a un ám-

²⁵ José Carlos Mainer, *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Cátedra, Madrid, 3.^a edición, 1983, pág. 216.

bito de profundidad inasequible por otro procedimiento»²⁶. Guillén, por su parte, rechaza la identificación de la poesía con el fantasma metafísico e inasible de la poesía pura y apuesta por el poema como unidad de arte y de esfuerzo, mientras Diego, entre otras cosas, opina que la poesía es creación al margen de la realidad.

Todo ello hay que relacionarlo con la posición de estos poetas referente a la «tradición» como formante del pensamiento estético del 27. No hay que olvidar que, en el importante componente que podríamos agrupar bajo ese término, tendríamos que situar el regreso de los poetas del grupo, en dos sentidos fundamentales, a nuestra tradición, la oral y la escrita. La incidencia de los cancioneros de los siglos XV y XVI, la importante vuelta a los clásicos castellanos, especialmente propiciada por el reconocimiento de Góngora y otros poetas de nuestro Siglo de Oro, es única en los movimientos literarios europeos del siglo XX, y se combina con la incorporación de la tradición oral, de la poesía de tipo tradicional, que constituye, con Lorca y Alberti, lo que se dio en denominar «neopopularismo». En este mismo orden de cosas, y sin salir aún del mero terreno de la poesía, habría que integrar las etapas neobarrocas o neoculteranas en el caso de Alberti, o neopopularistas, en los de García Lorca y Gerardo Diego, como experimentos genuinos de este grupo poético, que consiguen así una única e interesante simbiosis entre tradición y modernidad.

Fue Juan Manuel Rozas el que más insistió, a la hora de caracterizar la generación del 27 como grupo consolidado, en la existencia entre los poetas más representativos, de profesores y filólogos consagrados, «que dominan —y difunden entre sus compañeros— toda la literatura española desde la misma Edad Media hasta el novecentismo. En el Madrid de entonces, un estudiante de filología se encuentra con el magisterio, en la Universidad y en el Centro de Estudios Históricos, de Menéndez Pidal y su escuela —a la que se unen como jóvenes maestros, los de Alonso, Salinas, Montesinos— que les llena plenamente y les muestra unas teorías en gran parte originales, en torno al concepto de neotradicionalismo cultural, ya sea hablando del Romancero, ya de los cancioneros, ya de la comedia lopista. Entre miembros de tres generaciones —y sobre la plataforma no siempre aceptada de Menéndez Pelayo— de Don Ramón a Montesinos, pasando por Américo Castro, encuentran lo que quedaba por redescubrir de la tradición literaria española: la poesía tradicional, el gongorismo, el auto sacramental». Y concluye Rozas: «Pero no es esto obra sólo de los profesores. Escritores no universitarios, como Alberti, abordan el tema de esta recuperación en conferencias bien conocidas»²⁷.

En relación con la trascendencia posterior que ha tenido tanto el Centro de Estudios Históricos como la llamada Escuela de Filología Española, de

²⁶ José Carlos Mainer, op. cit., pág. 217.

²⁷ Juan Manuel Rozas-Gregorio Torres Nebrera, *El grupo poético de 1927, Cincel, Madrid, 1980, págs. 43-44.*

la que en cierto modo surgen los orígenes de las posiciones críticas de los poetas del 27, especialmente los profesores, José Portolés²⁸ ha realizado un balance clarificador con una valoración muy adecuada de Dámaso Alonso en el campo de este terreno crítico, desde sus orígenes en la escuela histórico-positivista hasta su desarrollo posterior, ya dentro de corrientes más claramente formalistas encuadrables dentro de la estilística, cuya relación con Dámaso Alonso ha estudiado Manuel Alvar²⁹.

Y, como advierten unos y otros, es precisamente en la década de los años veinte cuando los críticos y los poetas jóvenes del momento vuelven su vista hacia la poesía española, que habrá de ser una de las más mantenidas preferencias de todos ellos. Portolés recuerda con claridad la vinculación de los jóvenes del grupo con Dámaso Alonso y Montesinos a la cabeza, a un nuevo espíritu de acercamiento a un sector de la literatura clásica española, la poesía, bastante olvidada en ese momento: «Esta generación, nacida en los últimos años del siglo XIX, se interesa muy especialmente por la poesía. En reuniones y tertulias estos jóvenes releen nuestra lírica y encuentran en ella valores antes inadvertidos. Además, la condición de poeta de algunos de ellos y la íntima relación de creadores y estudiosos hacen que la dificultad de la formación del poema, su génesis y su elaboración, no les sean desconocidas»³⁰.

La edición de las poesías de Lope de Vega por Fernández Montesinos, que entonces trabajaba como lector en la Universidad de Hamburgo y que aparece en 1925, abre un interés por la lírica clásica que se interpreta como una reivindicación frente a la valoración de Calderón llevada a cabo por Menéndez Pelayo en 1881. Y con Lope, vendrán Cervantes (justamente Cervantes poeta o los aspectos más líricos y poéticos del *Quijote*), Góngora y toda la poesía barroca, rechazando los grandes prejuicios contra el estilo culto que venían de siglos atrás y que todavía abanderaba Menéndez Pelayo a finales del siglo XIX.

Nos vamos a referir ahora a los temas preferidos por los poetas del 27 en su labor de críticos literarios, para lo cual hay que destacar, en primer lugar, que es la literatura española la que ocupa un lugar casi absoluto en la dedicación crítica de todos y cada uno de ellos. No quiere decir esto que en algún momento no se ocupen de autores extranjeros, y en este terreno, hay que destacar aportaciones muy sustanciales de alguno de ellos, como Luis Cernuda y sus estudios sobre la poesía inglesa de diferentes épocas o los artículos que, desde París, en los primeros años veinte, escribe Jorge Guillén comentando novedades y aspectos de la literatura francesa. Pero todo ello no son sino aspectos de poca cuantía si lo comparamos con la atención recibida por la literatura española, incluido Rubén Darío en ella.

²⁸ José Portolés, *Medio Siglo de Filología Española (1896-1952). Positivismo e idealismo, Cátedra, Madrid, 1986, pág. 131.*

²⁹ Manuel Alvar, *La estilística de Dámaso Alonso. Herencias e intuiciones, Universidad, Salamanca, 1977. También Valerio Báez San José, La estilística de Dámaso Alonso, Universidad, Sevilla, 1971.*

³⁰ José Portolés, *op. cit., pág. 115.*